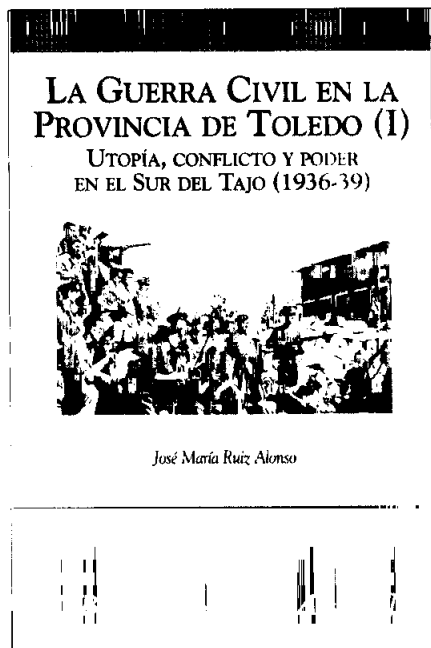


Desmontando tópicos


La guerra civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el sur del Tajo (1936-1939).

José María Ruiz Alonso.

Ciudad Real, Biblioteca Añil nº 22-23; Almud ediciones de CLM, 2004, 2 vols. 656 pags.

La guerra civil española ha sido y sigue siendo un tema de interés en la investigación y una de las cuestiones que ha generado más publicaciones en el campo de la historia. Ello se demuestra en que aún siguen ocupando un lugar prioritario los títulos aparecidos últimamente. Por citar, a modo de ejemplo, señalaré la aparición en los dos últimos años de dos libros sobre la URSS y la guerra: el de Daniel Kowalky, *La Unión Soviética y la Guerra civil*; Ronald Radosh y otros: *España Traicionada*; uno acerca de la cuestión armamentística de Gerald Howson *Armas para España*; un excelente monográfico publicado el año pasado por la revista *Ayer* donde se tratan aspectos como el militar (Gabriel Cardona), la unidad de mando logrado en la zona rebelde (Ismael Sanz), la problemática en la zona republicana (Julio Aróstegui), la posición internacional ante los dos contendientes (Enrique Moradiellos), las peculiaridades en el País Vasco (Santiago de Pablo) y en Cataluña (Enric Ucelay da Cal).

Al mismo tiempo han aparecido otros libros con escaso rigor científico y sin emplear fuentes que han tenido un éxito editorial. Me refiero, en especial, a las diversas obras de Pio Moa, que en esencia sigue la línea interpretativa del franquista Ricardo de la Cierva, con un lenguaje algo más liberal.

También se le ha prestado atención en lo referente al conocimiento de los que sucedió en las provincias Castilla-La Mancha con trabajos como los de José Deogracias Carrión, Francisco Sevillano y Manuel Ortiz sobre Albacete; el de Ana Belén Rodríguez sobre Cuenca, el de Luis Enrique Esteban Barahona sobre Guadalajara, el de Francisco Alía acerca de Ciudad Real, al que se une este de José María Ruiz Alonso. A ellos hay que añadir otras publicaciones como la de Natividad Rodrigo dedicada a las colectivizaciones agrarias en Castilla-La Mancha o la obra colectiva coordinada por Manuel Ortiz a la guerra civil en Castilla-La Mancha. Todo ello enriquece nuestro conocimiento de un periodo conflictivo y muy complejo.

En esta dinámica de interés aparece la obra de José María Ruiz Alonso que es fruto de su tesis doctoral leída en la UCLM en 2002 y que ha publicado Almud, ediciones de CLM, que viene dedicando un especial interés a las provincias castellano-manchegas.

Uno de los aspectos más destacados de la obra es el planteamiento de la preparación del pronunciamiento militar dentro del contexto de la primavera conflictiva en Toledo en 1936. Los protagonistas de dicho acto fueron la guardia civil, los militares y un grupo de población civil. La iniciativa de la sublevación en Toledo la tomó la guardia civil, dirigida por el teniente coronel Pedro Romero Basart, uniéndose a última hora el coronel José Moscardó. Ello contradice la visión franquista de ensalzar el protagonismo de Moscardó. Contó con el apoyo de un sector de la población entre los que destacaban algunas personalidades toledanas como el conde de Mayalde (diputado de la CEDA) y José Felix de Lequerica y un grupo de falangistas que realizaban reuniones con la guardia civil y los militares. Pronunciamiento que siguió una pre-

paración similar en otras provincias españolas, aunque con resultados diferentes. En lo que respeta a las provincias castellano-manchegas señala que en Albacete también triunfó el pronunciamiento aunque fue por seis días (del 19 al 25 de julio) solamente, y no tuvo éxito en Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara.

Una segunda cuestión a destacar es la minuciosa descripción de la conquista del Alcázar y la defensa de realizaron los sublevados, lo cual le permite al autor criticar las visiones partidistas y los mitos creados por la historiografía franquista, basándose en la amplia documentación archivística aportada, uniéndose al grupo de historiadores críticos como Alberto Reig Tapia e Isabelo Herreros que ya habían tratado dicha cuestión.

Llama la atención acerca del alto índice de represión en la provincia de Toledo, uno de los mayores en toda España. Además de las razones de lucha de clases, clericalismo, venganzas personales, etc. Indica una reflexión general que se ha de tener en cuenta. Que la zona norte de la provincia era de izquierdas como lo muestra el alto número de comités locales de dichos partidos y de los sindicatos de clase y que se confirma en los resultados electorales de febrero de 1936. Esta zona es la que cayó en poder de los rebeldes y ello influyó en que la represión fuese mucho más amplia; mientras que la parte sur, donde la derecha estaba muy arraigada y triunfó ampliamente en 1936 quedó en poder de la República y se ejerció una dura represión contra los implicados en la sublevación y otros sectores considerados posibles colaboradores con la reacción (clero, propietarios, etc.)

Dedica atención a las complicadas relaciones en el poder durante la guerra civil entre sindicatos de clase y los partidos de izquierdas. Las tensiones entre sindicatos y partidos en los Consejos locales. Discrepancias internas en el PSOE y UGT, al amplio ascenso del PCE y al crecimiento de la CNT, sindicato con escasa militancia durante la II República. Se detiene a analizar las discrepancias dentro del PSOE toledano entre el sector moderado prietista y el revolucionario largocaballerista que ya se arrastraba desde

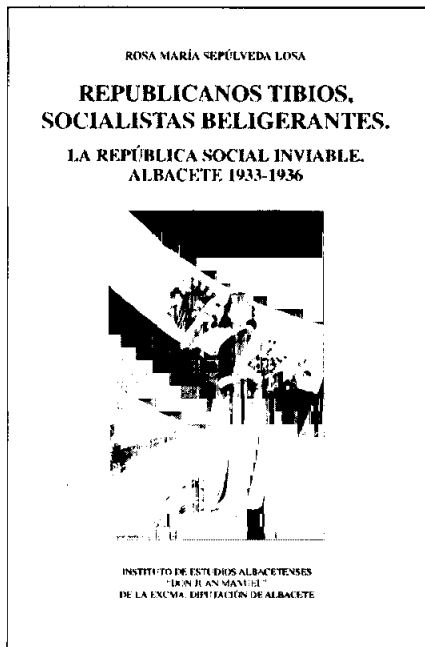
el comienzo de la II República y que a partir de 1933 se hacen con el poder los seguidores de Largo Caballero que controlaron la dirección del partido y de la FETT. Estos se enfrentarán a partir de 1937 con el Comité Nacional cuyo secretario era Ramón Lamonedá.

Destaca que las incautaciones agrarias se hicieron a costa de los grandes propietarios y se realizaron colectivizaciones, generalmente promovidas por UGT ya que la CNT era mucho menos poderosa. Situación muy diversa de lo que sucedía en Aragón.

Dos aspectos formales del libro que se deben cuidar más. La letra es muy reducida, lo cual quita atractivo a la obra y agota al lector, especialmente, la de los apéndices. La mayor parte de las fotografías incluidas son de mediocre calidad y están agrupadas en dos bloques, cuando deberían estar distribuidas en sus capítulos para ilustrar cada uno de los aspectos y ayudar al lector.

Manuel Requena Gallego (UCLM)

Un gran intento de modernización frustrado



Republicanos tibios, socialistas beligerantes. La República social inviable.

Rosa M^a Sepúlveda Losa

Instituto de Estudios Albacetenses, 2003. 503 páginas.

La Segunda República ha tenido durante demasiado tiempo una imagen relacionada exclusivamente con el caos y la violencia.

Las visiones de aquellos años y de los personajes que dirigieron un gran intento modernizador de España se deformaron hasta la saciedad durante muchos años. Dos ejemplos pueden servir para dar fe de esas visiones estrechas y vilipendiadoras. El primer presidente de la Segunda República, Niceto Alcalá Zamora, era presentado desde la historiografía franquista como un fantoche locuaz, como un político inepto, como un hombre débil y acomodaticio, que se proclamaba católico y que, se decía, posibilitó el gobierno del amoral, sectario y anticatólico Azaña. Este, que fuera jefe de gobierno y después presidente de la República, aparecía como un intelectual frío, resentido, fracasado y amargado, además de un enemigo declarado del ejército. El historiador franquista Luis Pío Moa Rodríguez ha presentado recientemente al intelectual y político republicano como jacobino (*Los mitos de la guerra civil*. Madrid, La Esfera, 2003). Es necesario recordar, para tener un dato que puede parecer paradójico, que el planteamiento profranquista lo hace un autor que militó en el GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre), organización terrorista de extrema izquierda, claramente infiltrada por la policía, que actúa en España desde el comienzo de la Transición.

Sólo en los últimos lustros se ha cambiado la imagen y la valoración del periodo republicano gracias a toda una serie de investigaciones. Todavía hoy, trabajos como el de Rosa Sepúlveda siguen siendo necesarios para formar la fotografía de aquel gran intento modernizador de España, que chocó contra el conservadurismo y el fascismo, durante el que se aprobó una Constitución en 1931 que, tras el gran paréntesis de la Dictadura, se rescató en muchos de sus postulados con la Constitución de 1978. Con esa lectura se comprende mejor el gran fracaso, la gran mentira de la larga noche franquista, que en muchos aspectos sólo ha servido para perder cuarenta años en nuestra evolución histórica.

El trabajo de Rosa Sepúlveda trata una etapa conflictiva de nuestra historia contemporánea, como fue la Segunda República, en cuya elaboración se ha tenido en cuenta la bibliografía precisa, se ha utilizado una metodología apropiada al fin propuesto (la autora dice en la introducción que ha incluido conceptos y procedimientos de otras disciplinas como "sociología, geografía electoral, ciencia política, antropología y derecho político") y se ha realizado un correcto tratamiento de las fuentes utilizadas, muy abundantes, por cierto. Así, el trabajo resultante, ilustrado con un buen número de fotografías, presenta una significativa perspectiva de unos años caracterizados por una fluida situación y sirve para completar la visión que ya hace algunos años presentó el profesor Manuel Requena Gallego referida a la primera parte de la República en la provincia de Albacete.

En el libro se exhibe una interesante perspectiva de la provincia, presentada principalmente desde la vertiente electoral y política, que puede hacer nos comprender mucho mejor la visión que todavía hoy consigue trasladar magistralmente de aquellos años un fotógrafo como Luis Escobar, cuya obra sigue recorriendo España entre la complacencia y la admiración de los visitantes de las sucesivas exposiciones. Una perspectiva en la que se muestra una provincia en la que seguía primando el caciquismo, salvo en la capital y en muy contadas localidades de la provincia, lo que se traducía en desesperaciones de los sectores más izquierdistas ante los desengaños que la evolución de la República creaba en ellos y que desembocaban muchas veces, como se estudia en la obra, en conflictos sociales más o menos graves, más o menos intensos, más o menos violentos. Esa presencia de los sectores derechistas y parafascistas, cuando no claramente fascistas, se mostraría en muchos sectores pero el mundo de la prensa puede servir como ejemplo. En realidad sólo las fuerzas conservadoras o de derecha tenían una prensa relativamente importante y de edición continua durante el periodo. Me refiero, evidentemente, a *El Diario de Albacete* y al *Defensor de Albacete*, los dos diarios.

El volumen, que empieza con un prólogo del catedrático de derecho constitucional Juan José Solozábal y una pertinente introducción de la autora, se ocupa en primer lugar del sistema de partidos en la provincia de Albacete, lo que permite seguidamente abordar el análisis de las elecciones a Cortes de 1933. Después, en los capítulos siguientes, se estudia la vida política y social durante el bienio radical-cedista, las elecciones a Cortes de 1936, las elecciones a compromisorios, la conflictiva primavera de 1936 y la elite parlamentaria albacetense. Termina el libro con una serie de apéndices y las correspondientes relaciones de fuentes y bibliografía.

En fin, la obra, que fue presentada como tesis doctoral en la Universidad de Castilla-La Mancha, supone una importante aportación al conocimiento de la Segunda República en Albacete. Tiene algunos errores como el que aparece en la página 495, donde el autor Sancho Calatrava es presentado como Sancho Talavera, y alguna aseveración discutible. No estaría yo muy de acuerdo con la afirmación que se hace en la página 338: "La provincia de Albacete nunca se había destacado por la inestabilidad política y social. En ésta siempre se habían registrado pocos enfrentamientos políticos y huelgas. Sin embargo, durante los cinco meses del gobierno del Frente Popular vivió un período de gran tensión...". Castilla-La Mancha, según avanzan las investigaciones está apareciendo como una región no tan "apática", no tan tranquila como se había pretendido tradicionalmente. Cada vez están apareciendo más conflictos, desconocidos en buena medida e, incluso, ocultados por la prensa, fundamentalmente conservadora. En la misma provincia de Albacete, antes de los meses de gobierno del Frente Popular se sucedió una conflictividad social importante. A fines de siglo XIX y en las tres primeras décadas del XX también. Lo que ocurre es que en demasiadas ocasiones revistieron el formato de motín, más o menos espontáneo, y menos actividad organizada.

Los años azules. El primer Franquismo



La Falange Manchega 1939-1945.
Damián Alberto González Madrid.
Biblioteca de Autores Manchegos, 2004.

Los estudios sobre el periodo de la Dictadura de Franco siguen y seguirán proliferando en el panorama historiográfico español porque todavía es mucho lo que necesitamos saber de un régimen que ni constituye un paréntesis, sin más, en nuestra historia ni una peculiaridad patológica de un país diferente a cuantos nos rodean. En los últimos lustros se ha enriquecido considerablemente nuestro conocimiento de la represión, de las instituciones, de la vida cotidiana, de la oposición, incluso de las relaciones internacionales, de la Iglesia o del papel de las mujeres, por poner sólo algunos ejemplos, de aquellos años. Y esto ha sido posible por la combinación de un enorme esfuerzo de síntesis aportado por trabajos de carácter general con un gran arsenal de monografías muy acertadas de carácter local o regional gracias a las cuales sabemos más pero también somos más conscientes de lo mucho que todavía podemos y debemos investigar. Sinceramente creo que una de las cosas que todavía deben cambiar es la actitud de las diferentes instituciones a la hora de

fomentar trabajos de esta temática. Ya se que entre algunos compañeros historiadores cunde precisamente la opinión contraria pero sigo pensando que en algunas regiones y provincias y en muchas comarcas, entre las que cabría destacar buena parte de las castellano-manchegas, cunde todavía una cierta desazón o incomodidad cuando toca hablar de todo cuanto aconteció a partir de 1936.

El libro que comentamos puede ser un ejemplo de todo esto. Primero porque es un buen trabajo de investigación que desde el espacio micro pretende y consigue ser un referente más para apuntalar o descubrir aspectos todavía poco o nada tratados en la historiografía nacional. Segundo porque al ser publicado por la Biblioteca de Autores Manchegos rompe un silencio ya demasiado duradero sobre el franquismo en la provincia de Ciudad Real. Después de los excelentes trabajos publicados sobre la II República en el marco provincial (Ladrón de Guevara o Sancho Calatrava) y la Guerra Civil (Francisco Alía) se venía echando en falta una publicación que diera continuidad y se atreviera con el franquismo. Sí, es cierto que contamos con algunos trabajos colectivos que habrían tratado el tema (sobre todo nos referimos a las historias de la provincia y de la Diputación), pero mucho nos tememos que habían pasado más o menos desapercibidas para la gran mayoría de los potenciales lectores.

Damián González viene trabajando en esta parcela desde hace ya algunos años. Los que hemos seguido su dedicación desde la Universidad sabemos de su esfuerzo y dedicación que encuentra aquí una buena demostración de su capacidad. Por poner algún pero, en todo caso, podemos añadir que es una lástima que el libro salga a la luz tres años después de su presentación y cuando el autor ha defendido ya su tesis doctoral sobre las mismas cuestiones pero en el marco más ambicioso de la Región. Confiamos que su conversión en libro sea más rápida esta vez y todos aquellos interesados en la cuestión, especialistas o no, puedan ampliar sus conocimientos sobre la puesta en marcha de la dictadura en aquellos decisivos años, fundamenta-

les para la comprensión de la evolución del régimen hasta sus últimos coletazos y, por tanto, también para interpretar acertadamente las condiciones de la transición.

El libro atiende fundamentalmente a dos aspectos que encierran, a su vez, otros temas cuya suma nos ofrece una buena piedra de toque para conocer, y a algunos recordar, lo que fue la implantación del régimen en una provincia de la retaguardia republicana que sufrió una considerable represión en la inmediata posguerra. Por un lado y como su propio título anuncia aborda el papel de Falange como partido político, que le serviría a Franco como *caja de resonancia* para su proyecto de construcción de un nuevo estado, pero también como instrumento destacado en el ejercicio de la represión y del control social en los primeros años del franquismo, aspecto este mucho menos descrito y por tanto casi desconocido hasta ahora. Además, cuando el autor analiza los orígenes y crecimiento de la organización nos ofrece un análisis de su funcionamiento interno y su visión de las cosas, que poco a poco se distancia más de la línea oficial seguida por el régimen. Destaca en este caso el aluvión de afiliaciones que se producen por oportunismo o protección aunque también por verdadera convicción, a partir de una casi total invisibilidad anterior a 1939.

En segundo término se aborda el personal político de la dictadura, es decir, alcaldes, concejales, diputados provinciales y procuradores. Tenemos la oportunidad de conocer las dificultades para constituir las primeras gestoras y los enfrentamientos posteriores entre los miembros de la coalición reaccionaria que ha ganado la guerra y que en última instancia y por encima de cualquier otra posibilidad se declarará franquista. El autor saca a colación no pocos enfrentamientos personales que con origen en épocas anteriores vuelven a salir encubiertos entre supuestas disputas políticas. Estas discrepancias, en ocasiones bastante virulentas, afectan al propio Gobernador Civil que hasta el momento de la Unificación de cargos, se encontrará con no pocos problemas para una adecuada consolidación del

régimen. Todo ello enriquecido con unos sugerentes apéndices documentales que ilustran y complementan bien los comentarios que se nos ofrecen y que constituyen por sí mismos una buena oferta de cara a posteriores investigaciones o consultas. A ello también ha contribuido, como no podía ser de otra manera en un trabajo de esta naturaleza, un más que notable dominio de la abundante bibliografía recientemente publicada.

El lector menos docto tal vez se sorprenda por la cronología. Y es que 1945 cierra un marco temporal que a muchos les sabrá a poco. Sin embargo, cada vez se demuestra mejor que este primer franquismo, la etapa azul por su preponderancia falangista, se justifica sobradamente porque “es en esos años cuando la dictadura se construye y configura dentro del contexto, nacional e internacional, en el que ha surgido”, “es cuando las principales referencias en términos comparativos cobran todo su significado y sentido” y “es a partir del conocimiento en profundidad de ese periodo como podremos aquilatar lo que la evolución posterior del régimen debe al contexto internacional y lo que debe a su propia dinámica interna”, por decirlo en palabras de Ismael Saz (*Fascismo y franquismo*, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2004).

Por todo lo dicho hasta aquí pudiera parecer, no obstante, que se trata sólo de una historia más de una Falange provincial, que no sería poco, sin embargo es mucho más si tenemos en cuenta la importancia del partido en estos decisivos años en los que pasó de ser columna vertebral del nuevo estado, con un proceso de unificación que todos querían pero que cada cual entendía a su manera, a un enorme gigante con verdaderos pies de barro, aunque en algunas reducidas parcelas, especialmente el mundo sindical, mantuviera por algún tiempo un cierto ascendente cada vez menor por el creciente nivel de impopularidad que fue acumulando entre la sometida población española. Es pues esta una visión certera, si bien incompleta de manera consciente aunque de sobra justificada, de la dictadura que como también ya se ha dicho “se pareció siempre demasiado al tipo de régimen que

habían soñado las fuerzas fundamentales de la derecha española durante la II República”. En este sentido parece muy procedente recordar para el debate público que como dictadura nacionalista, excluyente y antidemocrática que fue contribuyó más que ningún otro régimen en la historia contemporánea de España a desprestigiar la idea de nación que supuestamente pretendía defender a ultranza. Por muy discutible que pueda parecer contribuyó así a destruir y desmembrar a la nación española aunque sesgadamente algunos prefieran relacionar esta problemática con la democracia actual.

Manuel Ortiz Heras. (UCLM).

Una provincia *con* historia



La guerra civil en Cuenca (1936-1939).

Ana Belén Rodríguez Patiño.

Autor-editor, Madrid, 2003-2004

2 vols.: Del 18 de julio a la Columna del Rosal; La pugna ideológica y la revolución.

Hace unos tres años, la autora titulaba su colaboración sobre Cuenca en un libro colectivo (coordinado por Manuel Ortiz Heras) sobre la guerra civil en Castilla-La Mancha y publicado por la Biblioteca *Añil*) “La guerra civil en

una ‘provincia sin historia’’. Puede parecer exagerado e, incluso, más propio de un eslogan publicitario que de una publicación seria; o sea, el equivalente al “Teruel existe”. Pero no le faltaba razón. Me explicaré. En primer lugar, parecía que el papel estratégico jugado por la provincia apenas tenía relevancia en la contienda. Y, en segundo lugar, tanto los tres años de guerra, en particular, como los dos últimos siglos, en general, seguían siendo bastante desconocidos para los historiadores. No voy a entrar en las razones que han llevado a ello. Pero sí en las consecuencias. Hay grandes lagunas historiográficas en sus siglos XIX, sobre todo, y XX. Y, como es cada vez más notorio, lejos de transitar un camino sin salida — me refiero a los estudios localistas que se limitan a detallar glorias y carecen de rigor metodológico—, la historia local resulta imprescindible para poder conocer nuestro pasado y recuperar la memoria histórica. El libro que nos ocupa es un claro exponente de lo que estoy comentando.

Conocí a la autora hace ya una década, cuando empezaba a aventurarse en los senderos de una investigación guiada desde la Universidad Complutense por ese excelente investigador y mejor persona que es Jesús Á. Martínez (autor, como no podía ser de otra manera, del prólogo del libro). Vivía en Madrid pero, por su ascendencia conquense, pretendía conocer mejor una etapa fundamental de la historia reciente que había marcado, en cierta manera, a su familia, como, en general, a todos los españoles. En la primera entrevista con ella le advertí que, a mi juicio, en Cuenca seguía existiendo un miedo exagerado a conocer mejor este período, lo que explicaba de alguna forma que, a esas alturas (sesenta años después), fuera una de zonas españolas donde el período 1936-1939 aún permanecía inédito. Alguien me dijo que todavía en Cuenca “no se habían echado los sapos” que, en otros lares habían ido soltando una década antes. Incluso en la primera conferencia que dio la autora sobre una “aproximación a la metodología del estudio de la guerra civil en Cuenca” (es decir, “ni chicha ni limoná” para el auditorio, más pre-

parado a escuchar un panfleto a favor o en contra de unos u otros), pudimos comprobar cómo muchos de los asistentes (tanto de la extrema derecha como de la izquierda más radical) aprovechaban la coyuntura para soltar sus mítines, repitiendo tópicos por doquier, sin escuchar ni preguntar nada a la conferenciante.

De todos modos ella no se desilusionó. Siguió sus investigaciones y pudo culminar su tesis doctoral en la Complutense en 2002, teniendo la oportunidad quien firma estas líneas de estar en el Tribunal que la juzgó y poder calificarla con la máxima puntuación. Desde su lectura hasta su publicación han pasado casi dos años. La autora ha llamado a algunas puertas que se le han cerrado incomprensiblemente y, cuando tenía la posibilidad de haber sido editada por Almad, ediciones de CLM e incluida en su “Biblioteca Añil”, decidió apostar por la edición propia, con los riesgos que eso conlleva. En primer lugar, ha dividido en dos tomos (que, sin embargo, no constan como tales en la portada, con el consiguiente despiste para el lector) el texto, siguiendo un esquema parecido al de la tesis aunque levemente modificado. Y dicha división no parece la más oportuna, pues separa la revolución social de la política, por ejemplo, o el estudio de la Falange del análisis del fracaso de la rebelión. Por otra parte, desde el punto de vista formal, la maquetación deja bastante que desear. Eso sí, agotó rápidamente la primera edición (algo muy difícil en una provincia tan despoblada como la conquense), lo que permitió corregir algunos errores tipográficos iniciales de bulto en la siguiente reimpression. En resumen, la apuesta le ha salido bien económicamente, pero la calidad de la presentación de un texto tan trabajado hubiera mejorado muchísimo si una editorial medianamente competente lo hubiera publicado. Y las apariencias también son importantes en una sociedad marcada, como se sabe, por el *marketing*.

De las muchas virtudes del libro puede darse cuenta rápidamente el lector. Con una metodología acertada y un lenguaje preciso, se acerca a una época difícil, dramática en muchos casos, pero fundamental para recupe-

rar la memoria histórica. Incluso podría decirse que puede leerse desde ópticas ideológicas muy diferentes sin levantar grandes ampollas. No voy a entrar en si eso me parece bien o mal.

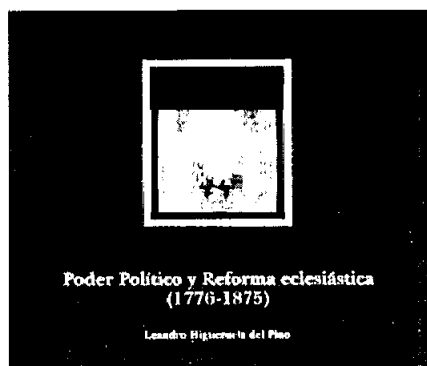
Sólo quiero dejar constancia de dos aspectos mejorables. Como reconoce la autora, se limita demasiado a la capital y a determinadas poblaciones (en especial Tarancón), dejando al margen un estudio verdaderamente provincial en muchos casos. No obstante, al disponer de información suficiente para poder culminar así su trabajo de manera brillante, resulta un asunto menor. Como también resulta una segunda objeción: el uso de testimonios orales se torna, en ocasiones, en abusivo. Este tipo de fuente es, hoy en día, cada vez más valorada por la comunidad científica, pues se han descartado las descalificaciones tradicionales debido a su subjetividad (porque, en el fondo, todas las fuentes, incluidas las más “clásicas”, tampoco son “neutras”) y es evidente que son fundamentales para reconstruir parcelas de la historia reciente que no han dejado ningún rastro documental.

En definitiva, Cuenca durante la guerra civil ya tiene su hueco en la historiografía. Nos aparece como un territorio clave para la retaguardia republicana (una especie de “despen-sa” para el frente gubernamental) que permaneció fiel a la República no tanto por la cercanía ideológica de la mayoría de sus habitantes sino, más bien, por el fracaso de una sublevación que no llegó a iniciarse debido al encarcelamiento en el momento preciso los conspiradores falangistas y al rápido control *cenetista* de la capital. Aunque permaneció en la retaguardia, no estuvo exenta de los bombardeos franquistas y, por otro lado, tuvo que soportar la marcha de la odiada Columna del Rosal en su parte norte. También asistió a episodios de violencia y represión en sus primeros meses. Pero es, a su vez, un buen ejemplo de la principal lección de la guerra: la revolución fue consecuencia del fracaso de la rebelión militar, contradiciendo así la tesis oficial difundida por los sublevados y repetida hasta la saciedad por los propagandistas del Régimen. Lo que pasó aquí

fue, más bien, reflejo o contagio de lo que sucedía en el resto del país. Luego vendría la represión franquista. Aquí no se habla de ella. Naturalmente, urge estudiarla porque, como en otros casos, en esta provincia parece que se estudian los procesos históricos con demasiado retraso. Quizás se gastan demasiados esfuerzos en documentar temas intrascendentes (y no tengo inconveniente en señalar aquí el volumen exagerado de publicaciones que ha dado y sigue viendo la luz sobre las glorias de la Semana Santa conquense) y quedan pocos recursos para estudiar los mecanismos históricos que pueden explicar los retrasos de una provincia que ha quedado bastante maltratada por la “modernidad”, dejando en evidencia las miserias de un “conquensismo” bastante miope en ocasiones.

Ángel Luis López Villaverde

Pilares y raíces



La Iglesia en Castilla-La Mancha. La Diócesis de Toledo en la Edad Contemporánea (1776-1995).

Leandro Higuera del Pino.

Toledo: Junta de Castilla-La Mancha, 2003. 2 vols., 1.262 págs.

Tablar de la historia de la Iglesia es hablar del Poder con mayúsculas. Poder económico –por los bienes acumulados durante siglos–, poder político –por sus alianzas con el Estado y sus tentáculos–, pero sobre todo poder social y poder cultural, por su monopolio del saber hasta fechas relativamente recientes y por su, todavía hoy vigente, capacidad de influencia sobre la conducta de las gentes. Si además de hablar de la Iglesia, lo hacemos de la de Toledo, esta percepción ha de multiplicarse notablemente, pues no en vano se trata de la diócesis más importante de España. En consecuencia, estamos ante un libro que por su temática y por la solvencia de su autor (son conocidos sus trabajos sobre la iglesia toledana en diversas etapas de la contemporaneidad temprana) resulta de indudable interés.

Leandro Higuera desbroza la trayectoria de la diócesis en dos volúmenes tan lujosamente editados (lo cual no deja de representar un serio inconveniente para su adquisición y para su manejo) como bien documentados por la bibliografía, las fuentes directas que ha utilizado y los útiles apéndices que incorpora. Para ello vertebra la obra siguiendo un discurso cronológico que abarca hasta los orígenes de la Restauración (1875) en el primer tomo y prácticamente hasta nuestros días (1995) en el segundo. En ambos, los diversos capítulos responden a una similar estructura temática: perfil biográfico de los cardenales, significado para la institución del período histórico, aspectos organizativos y cuestiones más estrictamente religiosas. Con ello el autor aspira a hacer una “historia total”, modelo historiográfico deudor de la escuela francesa de *Annales* y bastante a contrarriente de la atomización temática que ha ido imponiendo el posmodernismo en las últimas décadas.

En la primera parte, que comprende la crisis del Antiguo Régimen (1775-1836), se empiezan a constatar las fuertes convulsiones que han afectado a la Iglesia en estos dos siglos. Sobresale la significación de los cardenales Lorenzana, engarzado

al espíritu ilustrado, y Borbón, cuya identificación con el emergente liberalismo le va a costar el posterior exilio. Fueron años de división entre el clero, pero las simpatías afrancesadas de algunos de sus miembros no pueden ocultar la implicación de otros en la guerra de la Independencia, probablemente no tanto a favor de la causa nacionalista –como parece subrayar el autor– sino para defender su situación de privilegio en una sociedad estamental seriamente zarandeada. No será la última vez que oigamos hablar de “cruzada” para legitimar con argumentos religiosos un levantamiento armado; del mismo modo que la colaboración eclesial en la represión política desencadenada por Fernando VII volverá a repetirse en los primeros años del Franquismo. Muestras evidentes de la alianza entre Iglesia y poder político, sobre las que Higuera pasa sorprendentemente de puntillas.

La era isabelina (segunda parte de libro) trajo sin duda el derrumbe de la Iglesia como pilar económico del Antiguo Régimen. La abolición del diezmo y, fundamentalmente, la desamortización supusieron importantes pérdidas para una institución que empieza a anatematizar el liberalismo como quintaesencia de sus males. Por ello no es de extrañar que parte del clero rural se uniera al carlismo, activo en algunos territorios de la diócesis. Con todo, el Concordato de 1851 sellaría la paz con los gobiernos de Isabel II y le proporcionó un balón de oxígeno para abordar otros cambios que también tuvieron lugar en la época como la reforma parroquial, la catequesis infantil sobre la que se sostiene en parte el proyecto de renovación religiosa, o las transformaciones visibles en la religiosidad popular y la liturgia. Concluye esta parte con un capítulo dedicado al Sexenio Revolucionario (1868-1874). Conviene recordar que durante esos años se aprobó la primera constitución en España que reconocía el derecho a la libertad de cultos. La vehemente oposición que presentó la Iglesia española a este avance social –bien expuesta por el cardenal

Monescillo, entonces obispo de Jaén— quizás hubiera merecido una atención más detallada.

El segundo volumen lleva el significativo subtítulo de “La Iglesia y el reto de la modernidad”. Buena parte de dicho reto se acometió durante la Restauración borbónica a través del “catolicismo de Reconquista”, que —como explica con minuciosidad Higuera— no fue sino la recuperación de las posiciones sociales gracias al diseño de nuevas estrategias, más acordes con el lento despertar de la sociedad de masas. Ahí está el impulso definitivo al seminario para mejorar la formación de los sacerdotes, el renovado rigor de la disciplina, las misiones populares, la importancia concedida a los medios de propaganda (el “apostolado de la prensa”), la apuesta asociativa con fórmulas como Acción Católica, Apostolado de la Oración y otras cofradías (Adoración Nocturna, Cofradía del Rosario, etcétera), o el auge de las órdenes religiosas cuyas fundaciones se multiplican por Toledo en pocos años. La acción pastoral del cardenal Sancha fue decisiva en algunas de estas líneas, coincidiendo su pontificado con la aparición del anticlericalismo como fenómeno inseparable del propio avance clerical. Además, la iglesia toledana no fue ajena a las transformaciones de una sociedad que veía extender el movimiento obrero y por ello Guisasaola impulsará los sindicatos católicos agrarios como vehículo para ocuparse de la cuestión social. El culmen de esta reconquista estuvo en la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús (1919), a cuyo culto contribuyeron poderosamente los congresos católicos, establecidos en Toledo desde la última década del XIX.

La proclamación de la II República en 1931 abre el período más conflictivo. Es claro que el proyecto republicano implicaba una apuesta secularizadora como no se había dado con anterioridad y que se cometieron errores importantes en los primeros meses, derivados más de la pasividad gubernamental que de una actitud abiertamente anticler-

rical. Ahora bien, la desgraciada quema de conventos no se comprende sin conocer la trayectoria anterior de la Iglesia, de igual modo que a la acentuación de la tensión con la República contribuyó poderosamente la actuación personal del cardenal Segura, cuya actitud no puede despacharse simplemente por el talante del personaje. Hay detrás de ello unas serias tensiones que, a mi entender, quedan quizás un tanto diluidas en el libro. Al producirse la sublevación militar de 1936, la iglesia toledana acudirá con el resto de la española a socorrer ideológicamente a los rebeldes y de ahí surgiría una nueva alianza que Pla y Deniel sella a la perfección desde 1941. No puede obviarse un asunto tan importante como el de la legitimación religiosa de un régimen que, abiertamente fascista en sus primeros momentos y luego rebautizado como “nacionalcatólico”, no dejó de ejercer la represión hasta la muerte de Franco. Las víctimas de la guerra entre el clero no deberían silenciar la memoria de estas otras víctimas.

Más, al margen de estas ásperas aristas, la larga dictadura también trajo significativas transformaciones para la diócesis. La primera de ellas su propia reorganización territorial que venía a completar la ya iniciada con la creación de las diócesis de Ciudad Real (1877) y Madrid (1885), y que se completará cuando se trace el mapa autonómico para hacer coincidir la jurisdicción metropolitana de Toledo con la comunidad de Castilla-La Mancha. Desde la década de los cincuenta se produce un renovado desarrollo de fórmulas de acción pastoral ya conocidas como las misiones populares y aparecen otras nuevas como los cursillos de cristiandad. Pero, sin duda, el gran reto tendría que venir en los sesenta con el impacto que supuso el Concilio Vaticano II y la labor desarrollada por el cardenal Tarancón entre 1969 y 1971. Los cambios son de toda índole: desde el *clergyman* al modo de predicar, desde la crisis de Acción Católica y de vocaciones al nuevo organigrama diocesano.

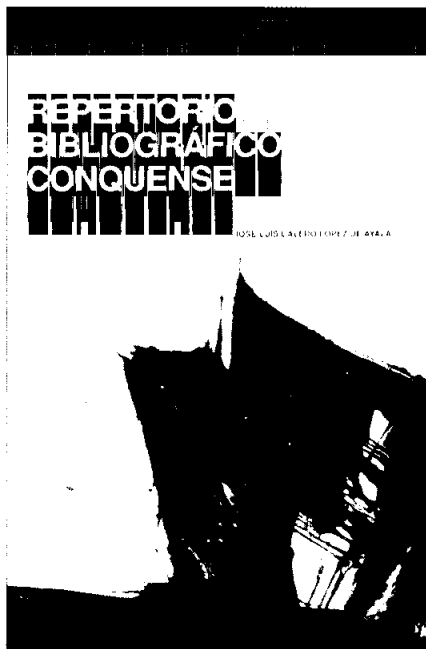
Obviamente, los últimos capítulos del libro coinciden con los años

de la recuperación y consolidación democrática en España, cuyo armazón jurídico se fijó en la Constitución del 78. Recuerda Higuera cómo el cardenal González Martín encabezó un grupo de obispos opositores a la carta magna. Aunque esta imagen de don Marcelo es bien distinta de la ofrecida durante los últimos años de su pontificado, cordial incluso con el gobierno socialista de Castilla-La Mancha. El peso del personaje cobra singular importancia en las páginas finales del libro que también se ocupan del claro protagonismo de los laicos, de la catequesis como línea pastoral prioritaria, de los indicadores de la religiosidad externa que han desmentido sobradamente los iniciales temores por la libertad de culto y del sentido social de una organización tan activa y comprometida como Cáritas.

Por las razones que decía al principio, la historia de la Iglesia es un asunto apasionante. Queda por escribir la más reciente, la historia de nuestro tiempo, la de los años del gobierno del Partido Popular con los importantes beneficios que le ha reportado a la milenaria institución. Años de inquietante influencia en la escuela pública, de escasa identificación con los más pobres —salvo honrosas excepciones, a veces marginadas por la propia jerarquía—, de discurso irresponsable en asuntos tan graves como la prevención del SIDA y de anacrónica violencia verbal y simbólica contra las minorías sexuales. Sí, en efecto, como dicen el autor y el prologuista del libro (el presidente Bono) la Iglesia ha evolucionado en estos dos siglos (¿a pesar suyo?), es claro que lo ha hecho más despacio que la sociedad castellano-manchega. Me atrevo, pues, a sugerir esta otra lectura del libro, abiertamente más crítica.

Rafael Villena Espinosa, GEAS,
UCLM

De libros por Cuenca



Repertorio Bibliográfico Conquense.

José Luis Calero López de Ayala.

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cuenca, 2004.

José Luis Calero es un investigador bien conocido entre nosotros, sobre todo por sus trabajos de Dialectología y Etnolingüística, campos en los que ha realizado la aportación más seria, ambiciosa e inteligente de cuantas se han hecho para un mejor conocimiento de la realidad lingüística de la provincia de Cuenca. Ahora, tras varios años de dedicación, nos entrega un *Repertorio Bibliográfico Conquense. Aproximación a una bibliografía de Cuenca y su provincia hasta el año 2002* que supone una novedad en su trayectoria, por cuanto se sitúa en un terreno -el de la investigación bibliográfica- en el que no se había adentrado con anterioridad.

El de la bibliografía es un ámbito del saber que, con distintos nombres, se viene cultivando desde hace siglos, aunque en España fueron los grandes bibliógrafos diecio-

chescos y decimonónicos, con Nicolás Antonio a la cabeza, los que dotaron a la disciplina de unos rasgos, unos objetivos y unas técnicas que son, en realidad, los que aún tiene en nuestros días. También fue en los siglos XVIII y XIX cuando se inició en nuestro país el auge de la bibliografía de ámbito provincial y local, como una necesidad derivada de la imposibilidad de abarcar en obras de dimensiones razonables el enorme caudal de publicaciones que a esas alturas iba acumulando ya el patrimonio cultural nacional.

Es en este terreno en el que debemos situar el *Repertorio* de José Luis Calero; un trabajo que está llamado a convertirse pronto en un clásico de la bibliografía conquense. Y esto, que dicho así parece algo fácil, tiene un gran mérito, ya que es un logro que encierra una extraordinaria dificultad. La provincia de Cuenca, amplia en extensión geográfica y rica en patrimonio cultural, ha generado a través de los años un considerable volumen de documentación al que, por razones diversas, no siempre se ha accedido de manera rápida y cómoda. Ha habido, es cierto, valiosísimos intentos anteriores de poner a disposición de curiosos e investigadores repertorios bibliográficos más o menos organizados sobre la temática conquense (cabe recordar, a este respecto, los trabajos de Fermín Caballero, Juan Giménez de Aguilar, Ángel González Palencia y, más recientemente, Clementino Sanz, Antonio Herrera o Paloma Alfaro. Pero la antigüedad de algunos de ellos y las limitaciones (voluntarias, en algunos casos) de otros, así como el ingente volumen de material bibliográfico que viene apareciendo en los últimos años, hacían necesaria una puesta al día del corpus bibliográfico conquense, tarea inmensa que requería grandes dosis de paciencia y entusiasmo.

Y justamente eso es lo que ha puesto en juego José Luis Calero, junto con su rigor científico y su preparación como investigador, a la hora de afrontar el trabajo. Su *Repertorio Bibliográfico Conquense* es un catálogo monumental en el que se recogen casi siete mil fichas

bibliográficas de obras referidas a Cuenca y a su provincia, cualesquiera que puedan ser sus autores, sus temas o sus características. Como ha indicado el propio autor en la Introducción a su obra, nos encontramos ante una bibliografía descriptiva (y no crítica) que no se limita exclusivamente al ámbito bibliográfico propiamente dicho -aunque éste sea el predominante-, sino que contiene también numerosas fichas hemerográficas, así como abundantes referencias a catálogos, tesis doctorales y publicaciones menores de distinto tipo. De ahí que la primera impresión que recibe el lector sea la de la amplitud del trabajo realizado por José Luis Calero, quien ha debido consultar los más variados fondos bibliográficos, desde los ya clásicos de la Biblioteca Nacional a los de las bibliotecas universitarias y otras de gestión pública, pasando por importantes archivos e instituciones culturales de distintas ciudades españolas; asimismo, ha *volcado* muchas bibliotecas particulares (en algunos casos, especialmente ricas en fondos locales), con lo que ha ampliado enormemente tanto el corpus bibliográfico de su *Repertorio* como las posibilidades de acceso a las obras recogidas en el mismo.

Esta amplitud de la que hablamos no ha mermado, en absoluto, el rigor y la precisión con que el profesor Calero ha afrontado el manejo de la información ni, por supuesto, su carácter sistemático. Las fichas bibliográficas aparecen estructuradas, de acuerdo con el sistema utilizado en las modernas bases de datos, en una serie de campos que se mantienen invariables a lo largo de toda la obra y facilita enormemente la consulta. Lo más novedoso, a este respecto, es que, junto a los campos tradicionales (autor, título, editorial, tema, materia, ISBN, etc.), el autor ha incorporado otro referido a la ubicación del libro o artículo recogida en cada ficha; tal información, irrelevante quizá para el simple curioso, resulta de extraordinario interés para el investigador, que no sólo encontrará en el *Repertorio* los datos estrictamente bibliográficos, sino que conocerá también dónde puede

localizar la obra que le interesa.

Capítulo aparte merece el esfuerzo que han hecho el autor y la Excelentísima Diputación Provincial (editora del libro) para acompañar los dos volúmenes de que consta el trabajo con un CD-ROM que permite un acceso a la información impensable sin este elemento auxiliar. No será necesario insistir demasiado en las posibilidades de consulta que abre el tratamiento informático de la ingente cantidad de datos que contiene el *Repertorio*, o en las ventajas que ofrece en cuanto a facilidad, versatilidad y rapidez en el manejo de las fichas. La incorporación del CD-ROM supone, de hecho, un salto cualitativo, pues nos hace pasar de las bibliografías concebidas con los parámetros de una disciplina decimonónica a otra -la primera, desde luego, en nuestro ámbito cultural- pensada y realizada según las exigencias y las técnicas propias del siglo XXI.

Nos encontramos, pues, ante una obra de capital interés, utilísima para cualquiera que desee acercarse a la temática local con una cierta profundidad, e imprescindible para el investigador obligado a adentrarse con frecuencia en la, a veces, intrincada selva de la bibliografía conguense. Si un pueblo o una sociedad son tanto más ricos (culturalmente hablando) cuanto mejor conocen los avatares de su pasado y cuantas más posibilidades tienen de asomarse a su historia, Cuenca y los conguenses nos enriquecemos hoy con un trabajo esencial que no sólo viene a marcar un hito en nuestra tradición investigadora, sino que contribuye también a ampliar nuestros horizontes culturales y a profundizar en el estudio y mejor conocimiento de nuestro patrimonio.

Hilario Priego Sánchez-Morate

Delitos no presuntos



Patrimonio Desaparecido de Guadalajara.

José Luis García de Paz.

Aache ediciones, Guadalajara, 2003.

La editorial AACHE ha publicado recientemente este libro, escrito por el profesor de la Universidad Autónoma José Luis García de Paz. Una obra de 250 páginas y cientos de fotografías que reúne la noticia de los casos más llamativos de expolios artísticos ocurridos en esta provincia castellana, contando al detalle lo que falta en nuestro patrimonio e indagando en las causas de su desaparición.

El volumen contiene una relación amplia, exhaustiva, de los elementos desaparecidos en el contexto del patrimonio artístico de Guadalajara, especialmente a lo largo del siglo XX: palacios, monasterios, retablos, enterramientos, escudos, rollos, manuscritos, fueros, y un largo etcétera de gloriosos elementos patrimoniales que desaparecieron para siempre.

García de Paz es un enamorado de la tierra de Guadalajara y profundo conocedor de su historia, especial-

mente en todo lo relacionado con la familia Mendoza. En una entrevista publicada en "Guadalajara Dos Mil" declaraba que "hay patrimonio bien conservado, un patrimonio restaurado y, claro, también un patrimonio en mal estado. El que me preocupa es el que está en mal estado, y no sólo incluye "piedras rotas", que es una frase que dijo mi hija con seis años entonces y que me hizo pensar. Hay pintura, escultura, arquitectura, costumbres y tradiciones". De Paz argumenta la inclusión del término "desaparición" por englobar la pérdida tanto accidental como al expolio. La definición del diccionario de la RAE es diferente.

El profesor de la Autónoma analiza en este libro los atentados contra el patrimonio de hace 50 años a los actuales. No detalla los años setenta y ochenta ni menciona casos célebres como el de Eric "el belga". Ha preferido ir a la crónica periodística actual sacada de los periódicos locales, para demostrar que hoy día sigue produciéndose un expolio permanente, muchas veces, sin trascender a la opinión pública. Y cita casos llamativos, como los del cuadro de El Españolito de Cogolludo o la imagen de San Mamés en Mazarete, que tuvieron final feliz, cosa extraña. García de Paz apunta a los culpables de este desaguisado: "prefiero indicar -matizar- que la responsabilidad de la conservación del patrimonio recae en las autoridades primero y en los ciudadanos después. Y, como todos tenemos ojos, incluidas las autoridades, todos podemos ver si hace falta reparar o prevenir un deterioro de un bien patrimonial o reconstruir lo caído siguiendo un estilo determinado. Otro tema diferente es si hay dinero para poder hacerlo"

Los "presuntos delitos" que más han sorprendido al profesor fueron las noticias de la desaparición de las piedras del pairón caído en Rillo de Gallo o un capitel de la iglesia de Labros. "Las que más pena me dan son las pintadas que a veces se ven sobre ruinas venerables". La Guerra Civil, fue la más dañina para el patrimonio guadalajareño, más que la de la Independencia o la de Sucesión, a juicio del estudioso. Según enumera

Gaya Nuño, los daños en tiempo de paz son tan grandes como los sucedidos en tiempo de guerra, aunque estos últimos llamen más la atención al suceder en menos tiempo y con violencia.

Una de las partes más interesantes del libro que reseñamos es aquella en que el autor narra la trayectoria de algunas de las piezas robadas. La más famosa, la del monasterio de Óvila, llevado a Estados Unidos por un señor al que las esquelas calificaban como "insigne hispanista".

A pesar de los programas de ayudas para la rehabilitación de monumentos, no se avanza lo suficiente en materia de conservación del patrimonio. En Guadalajara hay monumentos señeros por los suelos, como la iglesia de San Antonio de Mondéjar o el monasterio de Bonaval en Retiendas. Y nadie hace nada por salvar a estas piedras que, por otra parte, son la huela palpable de nuestro pasado.

Raúl Conde Suárez

Rituales y símbolos



La fiesta en el mundo hispánico.

Palma Martínez Burgos y Alfredo Rodríguez (Coordinadores).

Ediciones de la UCLM. Cuenca, 2003.

La creación del Seminario de Identidad, Cultura y Religiosidad Popular de la UCLM ha sido un gran acierto y pronto han quedado reflejados sus frutos, como se demuestra en esta publicación, resultado de algunas de sus actividades, como es la creación de seminarios realizados bajo sus auspicios.

"La fiesta en el mundo hispánico", recoge diecisiete artículos elaborados por eminentes especialistas y coordinados por Palma Martínez-Burgos García y Alfredo Rodríguez González. Todos ellos, componen un abanico rico y variado al tratar el ámbito festivo desde las disciplinas históricas, antropológicas y artísticas que perfectamente se complementan y combinan, dando una visión holística del mundo festivo.

Dado el escaso espacio de que disponemos resulta inviable el comentar pormenorizadamente cada uno de los artículos que conforman tan interesante obra, pero si al menos vamos a mencionarlos y acompañarlos de un breve comentario para, lo que dado el contenido de cada uno de ellos, se pueden agrupar en tres grandes bloques.

En primer lugar encontramos diversos artículos que analizan el ritual festivo en general o ciñéndose a ejemplos concretos de España y del continente americano, con una visión antropológica. William Christian bajo el título "Sobrenaturales, Humanos, Animales: Exploración de los límites en las fiestas españolas a través de las fotografías de Cristina García Rodero", analiza, estos rituales a través de la obra fotográfica de esta increíble artista, en la que quedan reflejadas las semejanzas y diferencias en la relación visible entre la gente y los santos/imágenes y entre la gente y los animales en un entorno festivo. Se puede decir que consigue observar maravillosamente las relaciones entre lo divino, lo humano y lo animal.

Honorio. M. Velasco Maillo trata sobre "Fiestas del pasado, fiestas para el futuro", donde analiza el ciclo festivo y entiende este concepto como algo polisémico y ambiguo. A lo largo del trabajo estudia las

diferentes fiestas del pasado, que tienen lugar vinculadas al ciclo anual, junto a otras celebraciones que responderían a un periodo plurianual y finalmente las denominadas históricas. Las otras fiestas analizadas, las del futuro, como el propio autor señala con "fechas de conveniencia" son generadas en torno a un producto, a una actividad, como recurso de una sociedad laica.

Interesantísimos son los trabajos que investigan fiestas o hechos concretos en el continente americano, como se contempla a través de las aportaciones de Gerardo Fernández Juárez que habla sobre "Violencia y ritual en las fiestas de indios" o Henrike Urbano que lo hace sobre "La fiesta idolátrica en el discurso religioso del Perú colonial (Siglos XVI y XVII). Javier García Bresó en "La fiesta de San Sebastián. Un indicador de la organización social en Monimbó, Nicaragua". O Juan Antonio Flores en "El carnaval veracruzano. Disciplinas, singularidad y política de la cultura popular".

Un segundo apartado sería el que analiza distintos acontecimientos festivos desde una perspectiva histórica. Por ejemplo J. Carlos Vizueté al tratar sobre "La fiesta católica. De la diversidad a la uniformidad de las celebraciones religiosas" demuestra su gran conocimiento de la historia de la iglesia y cómo las diferentes iglesias a través de los tiempos y desde los primeros siglos han ido adaptando el calendario festivo religioso para conmemorar a los diferentes santos y así llegar hasta el momento actual de la iglesia en que trata de las distintas canonizaciones llevadas a cabo por el pontífice actual Juan Pablo II. Ricardo Izquierdo en "Fiesta y ocio en las ciudades castellanas durante la Edad Media" describe una visión general pero muy pormenorizada de las fiestas castellanas en este periodo histórico. Fernando Martínez Gil y Alfredo Rodríguez González en "La fiesta en el mundo rural. Siglos XVII y XVIII" señalan la importancia de la documentación histórica como fuente de conocimiento para las distintas festividades rurales basados en los procesos judiciales. Pilar

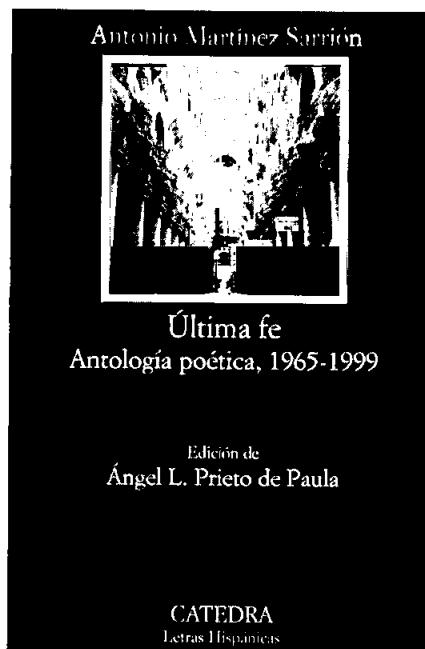
Monteagudo analiza “La ciudad, escenario de la fiesta política en el Antiguo Régimen” o Juan Ignacio López Márquez que habla de las “Exequias por el cardenal Infante en la catedral de Toledo: la fiesta luctuosa”. Finalmente Sara González señala la importancia de “La iconografía del caos. Las fiestas de exequias de los últimos Austrias”.

Pero la fiesta no solo es tratada desde un punto de visto antropológico e histórico sino que también se contempla bajo una perspectiva artística como lo hacen Victoria Soto en “Pintura y policromía. Notas sobre el color en la fiesta barroca”. O Palma Martínez-Burgos en “La fiesta como “genero” pictórico”. Pintura, ocio y sociedad”.

La importancia de la ciudad de Toledo queda reflejada en diferentes trabajos que analizan el ritual festivo tratado desde las diferentes perspectivas a las que ya se ha aludido. Este protagonismo se plasma en el tratamiento de aspectos tan concretos como es la presencia de las sillas en el Corpus toledano, pero tan polémico en la actualidad, tratado exhaustivamente por Carlos Franco en “El paisaje complejo de la fiesta postindustrial: el caso de las sillas vecinales en el Corpus Christi de Toledo. Muy diferente pero igual de interesante resulta el de “La catedral de Toledo. Escenario de la fiesta bajo-medieval” de M^a José Lop donde se describe de manera muy pormenorizada el protagonismo que ejercía la catedral toledana como escenario de la fiesta en tiempos pasados, donde se combinaba perfectamente ese engranaje que se iba configurando a través de los diferentes rituales y cómo variaban según se tratase de una fiesta de seis capas, de cuatro o de menos lo que suponía un mayor esplendor o menor de la celebración en cuestión. Finalmente nos resta el mencionar el trabajo de Oscar López, que igualmente con un enfoque histórico contempla en “Fiesta y ceremonia del poder regio en Toledo a fines de la Edad Media”.

Consolación González Casarrubios
(UAM)

El cansancio del tigre y del espejo



Antonio Martínez Sarrión
Última fe. Antología poética, 1965-1999
Edición de Ángel L. Prieto de Paula.
Cátedra, Madrid, 2003, 362 páginas.

El trabajo crítico de Ángel Luis Prieto de Paula, se viene desplegando en los últimos años a través de las páginas de *Babelia* de forma sistemática y coherente. Un recorrido por sus colaboraciones, nos daría una visión aproximada del estado de la cuestión poética en los últimos años. Un temprano texto sobre Leopoldo María Panero en 2001 (*Pájaro de la ruina*) hasta el más reciente sobre la poesía completa de Caballero Bonald (*Los sumideros de la historia*) o su cata en Carlos Edmundo d'Ory (*Clamores de apátrida*), son algunas de sus atinadas observaciones y anotaciones que viajan cabalmente por la poesía española de la segunda mitad del pasado siglo. En esa singladura el crítico se ve metido a antólogo para refrescar la obra de Antonio Martínez Sarrión en el volumen que nos ofrece Cátedra, con un importante estudio preliminar de Prieto de Paula y una atinada observación gráfica o pictórica que aclara y prolonga la obra de Martínez Sarrión, con la cualidad de un espejo

que abre en la portada el misterio difuso del albacetense Paisaje Lodares, donde Antonio fue niño y como tal se sintió y miró. Ya se sabe, y más allá del odio borgiano por tales artilugios azogados, que el espejo es una manera de prolongar la visión desde una peculiaridad precisa: Vemos mirando hacia adelante lo que, justamente, está detrás o a nuestras espaldas y no ocupa nuestro campo de visión sino sólo la memoria que queda de dicha visión. También el espejo en Sarrión tiene arraigo, porque en “su espejo nos vemos y veremos siempre todos”, como escribía Rafael Conte al recensionar *Jazz y días de lluvia*.

Para algunos críticos como García Jambriña o García Martín, la visión y la lectura de esta *Última fe*, al antologizar la poética de Martínez Sarrión de la mano de Prieto de Paula, no es tanto una radiografía personal de un itinerario poético, cuanto una resonancia magnética de un tiempo y una ecografía de las vicisitudes de la poesía en ese varadero de años apilados. Y es que los textos y los poemas de Sarrión tienen la capacidad de hablar hacia dentro y hacia fuera; hablar de uno mismo y de los otros ajenos; de lo mío y de lo exterior; de lo propio y de lo prestado; de la rasstrojera del secano y del fluorescente del cine Bellas Artes; de Azorín y de Juan Benet; de Gregorio Prieto y de los surrealistas; del Postismo y de Godard; del Pasaje Lodares y del Observatorio vilanoviano flanqueado de plátanos, que se atisba desde la guarida del ogro, que ya sabemos que es un tigre metafórico, tierno y bello, enigmático y solemne. No será sólo por ello, la voz pública la que permanece, sino que tras ella vibra y alienta una voz privada que se hace más evidente en su primera y en su última obra. Desde el casi juvenil *Teatro de operaciones* al combativo *Pautas para conjurados*; desde el *Cantil* maduro a la *Cordura* adulta, la voz que radiografía el escenario colectivo va exponiendo un recorrido personal y propio. Un escenario insustituible, no sólo para la crónica poética del medio siglo último, sino para el espejo de toda lectura que componemos los lectores.

Un tigre y un espejo, realidades que tanto ensimismaron a Borges y que abrieron tantos interrogantes de la mirada y del sueño de uno mismo y que ahora acontecen en esta antología: la fiereza de lo juvenil y su insoportabilidad y el magisterio del espejo que prolonga y construye cierto sosiego adulto entrevisto desde nuevas radas verbales y nuevos horizontes visuales. Con esos antecedentes, pese a todo, hay quien cita la visibilidad del desencanto de Antonio o de su cansancio vital, como si ya fuera un tigre cansado con el espejo roto. Perceptible ambos registros, en la inteligibilidad superior del verso último, en la elusión de ciertos artificios formales, en cierta desnudez conceptual o en un apego a los sentimientos primarios. No sé si todos esos factores son la evidencia de esa fatiga o de ese cansancio o la lógica actualización de la mirada que explicitan las ilustraciones gráficas ya citadas que salpican la antología: desde el Böeklein de *La Isla de los muertos* al misterio iluminado de Latour y su *Magdalena de la lamparilla*. Muertos viajeros, Carontes navieros, luz irreal en el interior del recuerdo, el artificio de la visión y palabras tatuadas en la piedra como un epitafio.

Hay quien compara, incluso, esa foto de los Novísimos en 2002, al salir de un restaurante barcelonés a los 30 años de vida antologizada por Castellet, con la estatura esgrimida por esos integrantes más adelgazados, más combativos y menos encanecidos hacia el verano de 1972. Bastaría citar que en ese intervalo, ya de 32, Vázquez Montalbán ha desaparecido; Félix de Azúa anunció su imposibilidad de proseguir esa vía de conocimiento; Ana María Moix y Vicente Molina Foix transitan más otras sendas y Panero viaja de manicomio en manicomio en busca de un voz perdida. En ese perfil de abandonos, muertes y derrotas, aún con cansancio, la presencia de Sarrión es una referencia insustituible por lo que dice y por lo que hace. No sólo ensanchando la mirada a su trayectoria memorialística, ya reseñada en estas páginas de *Añil*; sino ampliandola a su tarea de dietarista, como las ya comentadas *Esquirlas*; sus antologías sobre la

Poesía satírica o sobre el Quevedo en forma de *Bilis negra*. Su traducción del *Rey se muere de Ionesco*. O su trabajo sobre *Albacete*, para Lunwerg. Si ello explicita un cansancio o un desencanto, habrá que preguntarse que será y cual será la actividad del optimista encantado.

José Rivero

Resumen del año de la poesía albaceteña



A abrazado a la tosca piel del pino / sentí que mi propia divinidad / se mostraba a mi corazón; / nada deseaba y fui dios. / El dios / que nunca me habían contado." De este modo rotundo remata **León Molina** el poema que abre su libro *El son acordado*, uno de los poemarios destacados en un año que está siendo fructífero para la poesía local en Albacete. Aunque nacido en Cuba, en la provincia de La Habana, Molina es albaceteño de adopción. Sin embargo no ha roto con los orígenes, ni mucho menos. Conserva los timbres, el acento, la familia y cierta propensión a la fronda. En este libro, editado por la Diputación, se funde con la naturaleza de la sierra de Alcaraz tratando de lavar allí la memoria de lo cotidiano, el pensamiento herido. El resultado es

al mismo tiempo apasionado y despojado: "desaparecer en la niebla / y que no quede / ni memoria / en el pecho de un amigo, / sólo la música / sonando sola".

Más sereno en apariencia se muestra **Javier Lorenzo Candel** (Albacete, 1976) que el año pasado obtuvo el premio Fray Luis de León con *Juegos de construcción*, editado después por Visor. Se trata de poemas meditativos que pugnan por liberar al ser humano de los conceptos que lo han alejado de su propia naturaleza: "descubrir el camino que esconde el de regreso / de este lugar donde se abisma el mundo". Buena parte de ese camino transcurre sin brújula, en una *Navegación de asombro* a través del mar de los conceptos, siempre a la deriva de los símbolos, muchas veces con desesperanza de volver a pisar algún día tierra firme: "tal vez sólo nos queden recuerdos de la costa / y no la costa misma".

Diario ausente, de **Valentín Carcelén** (Madrigueras, 1964), es un título tan descriptivo como el propio poemario al que pertenece. El autor se propone extraer una emoción poética de cada uno de los días de un verano, el de 1998. Ni más, ni menos. Para ahondar todavía más en este propósito, ha titulado los poemas con las fechas en que nacieron. "Así empiezan mis noches desde hace / mes y medio. Siempre a la misma hora, / cuando las tres llevan durmiendo dos...". Así empieza el poema "Domingo, 23 de agosto". Y un poco más adelante aclara que, entre los temas que la jornada le ha brindado, elige para desenmascararlo "el que me da más miedo / o más facilidades". Desfilan así escenas que aún están disolviéndose en el aire, que no son especialmente significativas, pero que tienen ese olor a reciente que deja la lluvia recién caída, cuando está a punto de evaporarse: "las cosas suceden porque alguien / una vez se da cuenta / de que suceden, y corre la voz". El Toro de Barro firma la edición.

De la misma promoción que los poetas anteriores, pero aún inédita en libro, se estrena con todos los merecimientos **Isaló Gómez** (La Roda, 1967). Su libro *Peces de carne y*

hueso, editado por El Problema de Yorick, está lleno de pasión y de ternura. Juega con audacia en el borde del precipicio del patetismo sin caerse nunca. O sea, que se mueve en la zona de riesgo, donde la emoción es total: “Nos criaron haciendo que creyéramos / que estábamos aquí, / especialmente, / por algún extraño designio de la magia, / con alguna misión universal / (...) No me culpen / si el cristal se hace añicos. / (eres / sólo / uno / más / entre / seis / mil / millones)” dice uno de los poemas, tocado con el influjo de Gil de Biedma. “Qué pronto se olvida la voz / de los que amábamos, / su letra, / su marca de jabón, / el largo de las uñas, / el nombre de sus padres” empieza diciendo otro de los más significativos.

Otra mujer, **Mercedes Díaz Villarías** (Albacete, 1976), ha publicado tres libros en dos años, todos ellos brillantes y premiados. El año pasado obtuvo el Barcarola de poesía. En esta ocasión se trata del *María Isidra* de Guzmán. Es el suyo un surrealismo fácil, peculiar, una escritura automática en la que se mezclan voces y objetos, un monólogo interior hábilmente conducido para que recoja la intimidad desde todos los perfiles, como si la mostrara en un espejo múltiple. Poesía a la vez cosmopolita y psicodélica: “Ella se tumba y cierra los ojos y es como si eternamente se encaminara a un corredor que es el principio de otro”.

Alfonso Ponce, presidente del grupo literario Alcandora, ha sacado también a la luz nuevo libro, *Oscuro fulgor*, en la editorial alicantina Agua Clara. Se trata de un poemario minimalista, de piezas breves y pensativas, que sugieren más que dicen y que dejan que sea el silencio que queda tras la lectura el que complete el efecto: “Fulge la noche / como un dulce viento / mecido entre las hojas. / Nadie escucha el rumor de la vida. / Los que se van no vuelven, / son luz, o nieve, o muerte.”

Como verá el lector, se acumulan libros y editoriales. Hay para todos los gustos. Pero las buenas noticias no terminan aquí. Hay que celebrar el nacimiento de otra editora local, dirigida por el siempre exquisito Andrés Gómez Flores. Se llama *La reducida*

compañía del Sur y ha abierto el fuego con dos libros: el rescate de un clásico local, **Ramón Gómez Redondo** (Albacete, 1941-Madrid, 2001). Hombre ligado a la televisión pública durante muchas décadas, parte de su obra poética permanece inédita. Ahora menos, tras la aparición del volumen *Escrito en la mañana*, con cuatro poemas de largo aliento de su primera época. “Este es un poema / para descansar. / Dice abril. / Sólo abril.”

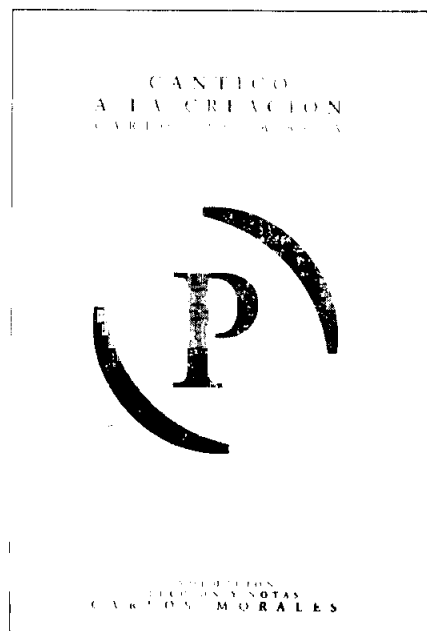
El otro volumen de *La Reducida* Compañía del Sur es la edición, por primera vez en castellano, del poema *Londres*, del británico Samuel Johnson, más conocido por la realización del primer diccionario en lengua inglesa que por sus dotes poéticas. La traducción ha corrido a cargo del ya citado Valentín Carcelén.

Y ahí está también *Lo difícil*, de **Modesto Ballesteros** (Albacete, 1980), un libro premiado en Madrid que ha visto la luz en Visor. Contiene amor y desamor urbano con toda la efervescencia de la juventud: “Y lanzarnos de cabeza desde el puente / cogidos de la mano hacia el río / metafísico que nos engulle”.

No faltan por supuesto las revistas que, a falta de otros medios, mantienen encendido el fuego sagrado. Así *Barcarola* celebra sus primeros veinticinco años con un número grueso, que es un crisol variopinto, como nos tiene acostumbrados. Y *La siesta del lobo* se acerca a los diez años. Y ahí siguen dando guerra *Isla desnuda*, y *Ayvelar*, y *El Problema de Yorick*, todas con nuevas ediciones a lo largo de este año. Y siguen asomando nuevas cabeceras, como la del fanzine *La Carraca*, pergeñado a la vieja usanza, con fotocopias, nombre ruidoso y contenido gráfico sadomasoquista. Pero la cosa no acaba aquí. Todo apunta a que al año aún le queda cuerda como para reservarnos alguna otra sorpresa, aunque tendremos que reseñarla en otro número.

Arturo Tondero

Un realismo mitológico



Cántico de la Creación (antología). *Carlos de la Rica.*

Introducción, selección y notas de Carlos Morales. Toledo, Servicio de Publicaciones de Castilla-La Mancha, 2003, 350 págs.

A quien me dijo, nada más salir esta antología poética de Carlos de la Rica (Pravia, 1929-Cuenca, 1997), que dudaba *a priori* (es decir, antes de leerla) si esta publicación aportaba algo a la ya aparecida antología editada por la barcelonesa Anthropos en 1993 (en coedición con la Diputación de Cuenca) y preparada por Pilar Gómez Bedate (Carlos de la Rica, *Poesía, 1959-1989*).

Claro que aporta, y mucho, y por diversas razones. La primera consiste en que entre las dos publicaciones media la amplia distancia de veinte años, que es mucha y de sobra suficiente para agregar sustanciosas aportaciones en el último libro con respecto al primero; además, en 1993 Carlos de la Rica todavía vivía y coleaba, moviéndose, como siempre, de acá para allá tanto en sus relaciones personales (viajes, amigos, intervenciones literarias) como en el establecimiento dinámico de una escritura poética que De la Rica aún no daba, ni mucho menos, por cerrada.

La segunda razón, fundamental, es que en la obra confeccionada por Pilar Gómez Bedate, la antóloga describe científicamente -como buena filóloga y profesora que es (actualmente catedrática de la universidad barcelonesa Pompeu Fabra)- tanto el carácter como los elementos estructurales y pertinentes de la poética de Carlos de la Rica, mientras que Carlos Morales (Tarancón, 1959), en una extensa introducción acompañada de profusas notas, aborda muy acertadamente la conexión de los avatares biográficos de Carlos de la Rica con la coherente obra poética que iba paulatinamente surgiendo al hilo de los acontecimientos históricos que el poeta asumió en la realización de su escritura, como una auténtica manifestación artística de un pensamiento humanista de muy alto calibre.

Habría una tercera razón, entre otras; una razón muy oportuna a la hora de presentar, como ahora se ha hecho, en el ámbito castellano-manchego (donde Carlos de la Rica principalmente se movió y al que cantó frecuentemente) la obra de uno de los más importantes escritores y animadores culturales de esta Región.

En el intervalo entre las dos antologías que estamos citando, y ya muerto Carlos, apareció su obra titulada *Juegos del Mediterráneo* (Madrid, Huerga & Fierro, 2001), que el poeta había estado preparando lentamente desde 1980 y que desarrolla uno de los más importantes temas de su poesía dedicado al entronque de civilizaciones en esta zona del mundo. En el prólogo a esta obra, José Corredor-Matheos da unas notas muy ajustadas señalando que en esta entrega la visión del poeta "es ecuménica, en el sentido más amplio. No sólo abarca aproximaciones recientes a la trascendencia, sino que las mezcla, y hasta cierto punto las funde con las del pasado mediterráneo más lejanas"; y añade que el poeta aquí "nos habla con la voz serena de un antiguo aeda, la encendida de un profeta bíblico o la de un espectador del presente". No en vano el propio Carlos declaraba, para la recopilación efectuada por Pilar Gómez Bedate, que "mi camino comienza en la apoyatura clásico-helénica, en el versolibrismo

bíblico, es por tanto profundamente mediterránea", resumiendo: "ambientalmente mi atmósfera está impregnada de una filosofía humanista igualmente mediterránea, es decir, judeo-cristiana y griega".

De la Rica se da a conocer poéticamente en el transcurso de la corriente estética abanderada por un llamado "realismo mágico" divulgado, sobre todo, a través de las revistas *El Pájaro de Paja*, *Deucalión* y *Doña Endrina*, movimiento iniciado en los comienzos de la década de los años cincuenta como una secuela, aunque no epigonal y sí renovadora, de las sabrosas enseñanzas del Postismo. Revistas dirigidas, en conjunto, por los poetas Gabino-Alejandro Carriedo, Federico Muelas, Ángel Crespo y Antonio Fernández Molina, los tres últimos de origen castellano-manchego. De forma que, como señala Pilar Gómez Bedate, al ideal de justicia, fraternidad y universalidad animados por la más genuina civilización mediterránea en síntesis humanista, con una diáfana intención de compromiso y testimonio, se añade la importancia que De la Rica concedió a la forma poética inscrita en la vanguardia. Gómez Bedate establece así un certero esquema de las coordenadas de la poesía riquiana, estructuradas en la vanguardia, el compromiso social, el esteticismo y el humanismo, siendo su verbo, en una primera etapa, siempre ceremonioso, nunca intimista o coloquial; verbo que emblemáticamente se puede recoger en unas cuantas palabras clave que subraya Pilar Gómez Bedate: *humanismo*, *vanguardia*, *Mediterráneo*, *compromiso*, *clasicismo* y *versolibrismo*, perteneciendo su poesía, según esta estudiosa, a esa rama del simbolismo europeo asumido por escritores católicos como Claudel, siendo su fuente primordial un estilo arrebatado entre el simbolismo, surrealismo, salmos y traducciones de la tragedia griega, con una afianzada mira a la antigüedad para lograr afán de síntesis y clasicismo moderno.

Carlos de la Rica fue sacerdote, ordenándose en 1956 y ejerciendo su ministerio hasta su muerte en el pueblo conquense de Carboneras de Guadazaón. Carlos Morales, en su

introducción, da una información detallada, creo que por primera vez, de las inquietudes de los jóvenes seminaristas conquenses que lideró Carlos de la Rica en el periodo de su formación eclesiástica, donde ya, fuera del seminario, se relacionaba con los heterodoxos personajes de la vanguardia postista. Certeramente Morales se pregunta: "¿Qué hacía un cura en ciernes entre esa desmadrada recua de postistas, surrealistas, simbolistas y otra gente de mal vivir?". Independientemente de su vocación religiosa, que siempre desarrolló como un verdadero pastor del alma, e independientemente de la estética adoptada que difería de la de la mayoría de los curas poetas de esa época agarrados a la estética tremendista si no a otras más acomodaticias, Carlos de la Rica despuntó enseguida con unas potentes actitudes cívicas, en pro de la democracia y de la libertad. Posturas que distaban del error de cálculo en que incurrió la oposición al régimen franquista desdeñando la figura salvadora de la monarquía en la que él siempre creyó. Por eso, un poeta como él, imbuido de compromiso social, no figuró en las divulgadoramente representativas elecciones de la crítica; estando, además, alejado del realismo al uso, pues su poesía está contenida en un "realismo mitológico", tal como él mismo la definió.

Su poesía realizada en el período franquista estuvo al servicio de la redención del hombre y además, y sobre todo por su afición a la forma poética y por su plasmación optimista en el sentido de un amor a Cristo exento expresivamente de dolor, fue un adelantado de los postulados novísimos. Para De la Rica, coincidiendo con unas recientes declaraciones del arquitecto manchego Miguel Fisac (Daimiel, 1913), la religiosidad se debe mostrar sólo a través del amor a Dios y el amor al prójimo, y lo demás, dogma y moral, son gaitas.

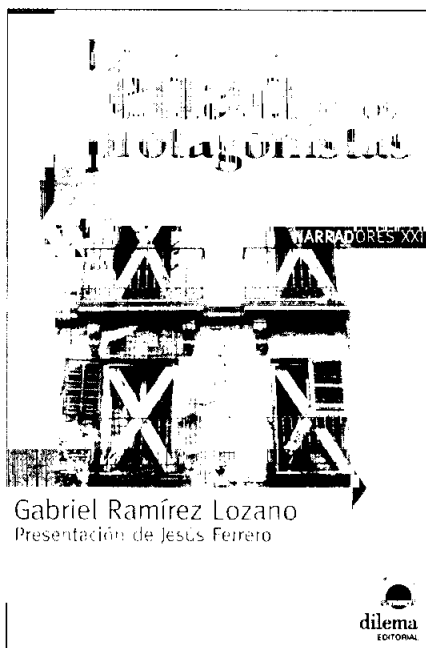
Cuando en 1977 Carlos de la Rica publica *Poemas junto a un pueblo*, ya muerto el dictador, se produce en su poesía un cambio de orientación estética, trocando un lenguaje críptico por una expresión más coloquial; y el cambio se acrecienta en una sucesiva entrega: *Poemas de amar y pasar*

(1981), donde la idea de redención universal se concreta por la de redención individual a través del amor. De su última época, culminada en *Oficio de alquimista* (1995), Carlos Morales interpreta que “nunca antes en la obra publicada por Carlos de la Rica el lenguaje había aparecido con semejante nitidez como fuente absoluta y única de emoción poética”.

En suma, comprobamos que en la obra de este escritor, y por fuerza también de las circunstancias, el lenguaje, al principio de la misma, se establece como medio de un concepto redentor hasta que al final de una fecunda trayectoria, el lenguaje es el fin, pues el poema, al fin y al cabo, como la lengua misma, ha de ser forma y no sustancia. Todas estas vicisitudes y entroncamientos son informados y analizados perfectamente por Carlos Morales en un volumen que no debe faltar en los anaqueles de los amantes de un muy bello y coherente pensamiento conformador de un tiempo decisivo y determinado en nuestra época.

Amador Palacios

A la paz la amenaza la maldad



La edad de los protagonistas.

Gabriel Ramírez Lozano.

Editorial Dilema.

Gabriel Ramírez Lozano (Toledo, 1964) profesor de la Escuela de Letras de Madrid y Responsable del área de Creación Literaria del Liceo Europeo, ha puesto en práctica aquello que él mismo enseña y lo ha hecho público. En su novela cuenta una historia que empieza en los años 50 del siglo XX en España. Pleno franquismo. El protagonista, siendo un muchacho, dejó la pintura para hacerse policía, con el consiguiente disgusto de su padre. Como policía se ve implicado en detenciones y torturas. En cierta ocasión opta por salvar de la muerte a una mujer dejándola oculta en un convento. A partir de entonces, habiéndose hecho cargo de la liquidación de los detenidos, librará de la muerte a un buen número de condenados llevándolos en su coche hasta la frontera portuguesa y entregándolos a gentes que los esconderán. Finalmente será detenido acusado por esa actividad clandestina y condenado. En la cárcel recupera el interés por la pintura, repasa su vida y llega a la conclusión de que no elegimos destino y, bajo un sentimiento de fracaso, se dirá que estaba equivocado, “pensando un poco he aclarado las ideas”. En la cárcel cumple treinta y tres años, la “edad de los protagonistas”, que es como se titula la novela, un guiño a nuestra cultura que no se escapa.

La persecución del franquismo alcanzaba tanto a luchadores por la libertad como a gentes que no tenían compromiso, pero en aquel entonces, antes de ser detenido, el protagonista pensaba que los que luchaban contra el franquismo “arriesgaban la vida por tan poca cosa, nada cambiaría haciéndolo, igual que nada cambiaría sin hacerlo”. Y es que éste hombre es de los que hace y hace porque entienden que “la vida es así”, no es un hombre de pensamiento. Solo cuando lo que tiene que realizar le parece fuera de lo común, cambia su acción porque aquello le sobrepasa, le tortura interiormente, si puede evitarlo lo evita sin que los demás sepan de su nuevo hacer. Antes de que le detengan, sabiendo el mundo terrible que le espera, recuerda lo que escuchó a su padre: “buscar la paz interior,

intentar un cambio hacia el bien, siempre iba acompañado de una buena dosis de maldad”.

El protagonista traza una elipse que va del “cumplimiento del deber”, del no pensar, a encontrarse en las fauces de la bestia y “pensar” en la condición humana. Novela cuyo plan se ha llevado a cabo con claridad, limpia de lenguaje revuelto para que tengamos en primer plano lo que nos propone leer Gabriel Ramírez Lozano; dividida en tres partes, la primera y la tercera ven el mundo exterior, la acción, el día a día turbio y cuajado de personajes y peligros reconocibles, la segunda atiende al mundo interior del protagonista exponiéndolo en forma de diario, ésta segunda es el lugar del nudo, del conflicto con el mundo, y nos abre las puertas al abismo que ha ido creándose el personaje, en esas páginas centrales vamos a ver cómo se devora a sí mismo. Novela objetiva y subjetiva, en la que cada capítulo es una escena construida sobre base dramática, cada momento es un peligro y es una oportunidad, donde la trama es veloz. El lector tiene perspectiva emocional, los personajes se proyectan, e impulsan al que lee a recomponer las relaciones entre ellos, a actualizar las causas, a intuir los próximos movimientos y averiguar sus intenciones profundas. Es entonces cuando se puede ver desde el otro lado, realizar con la lectura eso que llamaríamos la renovación, la revisión, la mirada extranjera, extraña, distante, por medio de la cual descubrimos o nos descubrimos. El asunto parece recordar aquello que Hawthorne escribió en su cuento titulado “Wakefield”: “En medio de la aparente confusión de nuestro mundo misterioso, los individuos se hallan tan ajustados entre sí y en relación al conjunto, que tan solo apartarse un instante el hombre se expone al terrible riesgo de perder su lugar para siempre.”

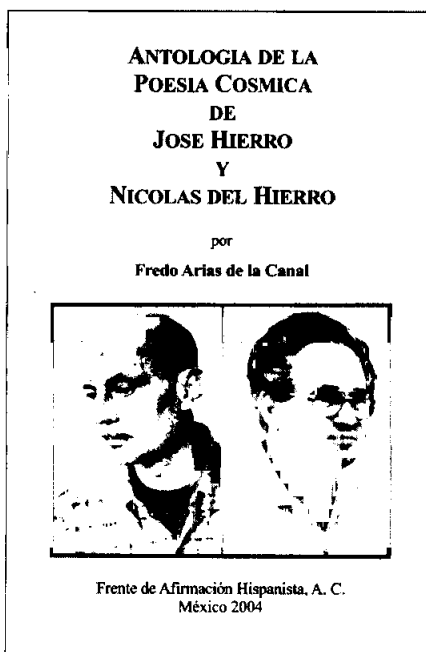
Gabriel Ramírez Lozano hace una inmersión en la novela negra, novela que en general resulta una denuncia; en ésta los crímenes se cometen desde la administración, que ha degradado cualquier valor humano que pudiese existir, y el per-

sonaje lo tiene asimilado así: él, vive entre los jefes del crimen organizado, sólo le cuestionan su existencia determinados hechos.

Gabriel Ramírez Lozano se suma muy meritoriamente al grupo escogido de autores que han trabajado el género negro, Vázquez Montalbán, Andreu Martín, Juan Madrid, y cuentan con gran número de lectores. En Gabriel Ramírez Lozano encontramos una veta de mundo interior que el que lee tiene ocasión de conducirse por ella. Una buena novela para la ocasión que pide la lectura.

Ramón Pedregal Casanova.

Metales humanos



Los poetas del hierro: José, Nicolás.

Francisco Caro.

Frente de Afirmación hispanista. México, 2004.

Tienen los poetas, como los materiales, distintas cualidades. Distintos tonos que sostiene el tiempo. Unas voces son como metales, y tañen lastimadas por los golpes, otras parecen hechas para la intimidad y el temor de la madera. Sones, latidos, vibraciones que anuncian la materia con la cual se constitu-

ye su variada voluntad poética. Así, encontramos poetas con la fugacidad de una flor o la belleza del rayo, fuertes como un incendio, o tan tenaces que observamos en ellos la constancia misma de las auroras. Hay poetas que se proclaman del barro, y como el barro se nombran, otros, más cercanos, pretenden ser llanura: la planitud del vino o de la angustia. De algunos sospechamos -aquellos que disuelven, sin más, canciones en el agua, o fian su vigor en una nube- que su materia pueda ser el puro talco, la libre y nocturnal evanescencia. Hay poetas en quienes aún buscamos la materia de su verbo -¿es mercurio Marzal? ¿es tierra Gamoneda?- y poetas que ya nos dejaron fe de su naturaleza: decir acero, es nombrar, en castellano, las voces de Blas de Otero o de Celaya. Pero -y hoy nos ocupa-, hay poetas que traen ya escrito, en el cielo tan claro de sus nombres, el metal con el cual desean dejarnos la memoria de su obra.

El hierro es un metal de dura forja, tenaz, al que hay que golpear con sabia contundencia. Un metal resistente, pero siempre bello, más hermoso cuanto más lívido y encendido, cuanto con más dolor la mano del poeta lo acomete; hasta moldearlo, hasta someterlo a la formal violencia de la luz y de los versos. Tal vez por eso, con el hierro circundan sus nombres dos poetas: José Hierro (Madrid 1922-2002) y Nicolás del Hierro (Piedrabuena 1934). Dos poetas casi coetáneos y casi separados, que han templado su palabra bajo el sol de la segunda mitad de nuestro siglo. El primero, un clásico de nuestra actual poesía, que ha vivido sus últimos años con el aroma de los príncipes; el segundo, una de las más claras y cercanas voces del sentir manchego y español. Distintos en su tono y resonancia, pero sin duda unidos por la sonoridad y el ritmo de sus acentos. La fortuna quiso unificarlos, además, por su apellido. "Tocayo, la música es el verso" solía decirle José, desde su altura, al joven Nicolás en el comienzo de los años sesenta, cuando éste, poco a poco, buscaba su palabra. Y no hay música más llena de aventura que el ritmo del martillo cuando aguza, para el rojo del verso, el rojo de las rejas. Es entonces cuando la fragua y su calor advierten

que "ser en hierro" pueda ser anhelo de quien fía su virtud a la palabra.

Escribir es batir los nombres sobre el yunque. Y escuchar. Lograr el rojo claro, cercano al amarillo, y asediar al metal en su pureza. Cercar la palabra, golpe a golpe, hasta que, libre de escoria, consiga la libertad del grito. O acariciarla, para llegue al tacto delicado del único adjetivo. De fraguas distintas, pero sitas en la misma calle del tiempo y el deseo, son los versos candentes, las musicadas forjas, que nos ofrece una sugerente antología aparecida en México DF durante el reciente junio -"Junio feliz", de pan era Angel Crespo- y que recoge, en el mismo volumen, una selección de la obra de los citados poetas. Con el título de "Antología Cósmica de José Hierro y Nicolás del Hierro" se nos presentan unos cuarenta poemas de cada uno de los autores, dispuestos en cinco apartados, en forma comparada y alternativa. El editor, Arias de la Canal, no argumenta de forma explícita las razones de un capricho editorial tan poco común; más bien nos sugiere la indomable voluntad poética de ambos; su necesidad, como una vocación, de llegar hasta el difuso metal que los recorre, o, tal vez, la oportunidad de su concreción en unas mismas circunstancias históricas, apenas separados, levemente, por una generación.

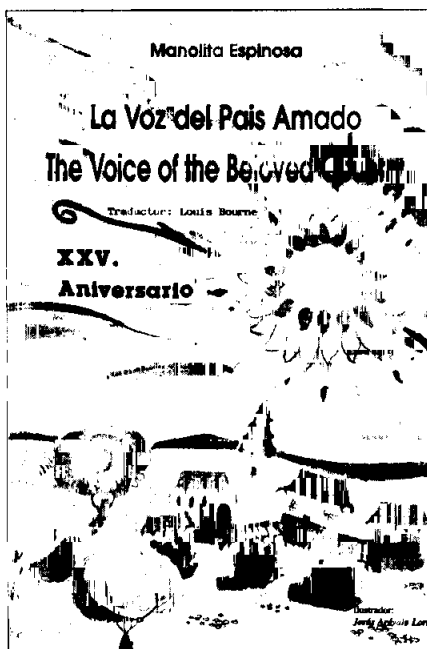
Tras su serena lectura, uno llega a entender por qué el hierro es el material más humano. En el camino para encontrar al hombre, el hierro es la constancia, la persistencia en el esfuerzo; es el hombre golpeado que se crece, sin más esperanza que ser de nuevo avasallado cuando sea requerido para otro menester. Materia atropellada y rediviva en el fuego de la vida corriente, cotidiana "Cómo han podido / pasarte el corazón de parte a parte" (José). Mapa donde el dolor es transparente "Junto a tu piel mi piel atormentada / un bálsamo caliente que se incendia" (Nicolás). Es el recuerdo de lo que fue voz, y fue silencio "Las olas que me hundieron hasta el fondo / sabían muy bien lo que arrastraban" (José) y el humilde lugar donde nace la sed, los manantiales "De la cal, de la piedra, de la vida / aprendí las palabras" (Nicolás). Un sendero, un tiempo que desconoce

tanto su futuro "Por primera vez, o por última, / soy libre" (José) como la inocencia azul de algún instante "¿Por qué yo no dije - entonces - / que me fluía lava por las venas?" (Nicolás).

Esta antología de los autores de "Cuanto sé de mí" y de "Lectura de la niebla" es un regalo para los lectores avisados; con el inconveniente de ser edición lejana, ultramarina, lo que, unido al reducido eco distribuidor de los libros de poesía, imposibilita una correcta difusión en el ámbito peninsular. Por esta misma razón, sería difícilmente perdonable no dejar acuse de recibo. Es necesario agradecer este recuerdo -¿qué otra cosa es una antología?-, este paseo alternativo por los versos de dos grandes poetas, que, frente a frente, hierro a hierro, nos devuelven al eterno ser del hombre ante los hombres, al metal y a la lluvia, a las iras congregadas de los rojos y a la debida templanza de las aguas. A la deble materia de que somos, al sonar de la luz que nos conforma.

Francisco Caro

Poesía para niños



"La voz del país amado".
Manolita Espinosa.

...oy, hablar de Literatura Infantil es una realidad que abarca desde la investigación a la enseñanza, en Universidades, Institutos y Colegios. También es una actividad preferente en las Bibliotecas Públicas. Y es, sobre todo, una rama, ya principal de la Literatura. Como corresponde a todo ello, los autores se han multiplicado y las editoriales sacan numerosos títulos cada año.

En el año 1979, los autores que escribían para niños eran pocos, aunque grandes y representativos: Ana María Matute, José María Sánchez Silva, Montserrat del Amo, etcétera. Manolita Espinosa, que ya había publicado otras obras para mayores, aparece como autora del libro "La voz del país amado" editado por la Caja Rural Provincial, siendo la primera autora castellano-manchega que escribe para niños. Este libro llevaba, como apéndice, un cuaderno de "Juegos y Expresión", que se valoró mucho porque descubría el alma de pedagoga de Manolita Espinosa y además era una originalidad que se adelantó a las diversas animaciones a la lectura, y por supuesto a otras publicaciones que han aparecido, muy posteriormente, con juegos aplicados a un libro base.

"La voz del país amado" estuvo en el I congreso Internacional de Niños, de 1979, celebrado en Madrid. Y tuvo siempre numerosos reconocimientos y comentarios. Pero, sobre todo, este libro tuvo la admiración de los niños, que lo leyeron con el asombro y la sinceridad de la infancia.

Después de veinticinco años y los numerosos encuentros que la autora ha tenido con los niños en los colegios y bibliotecas, sus poemas siguen teniendo VOZ en el PAÍS AMADO de la infancia. Y sus títulos "suenan" a niños y su mundo; a niños del ayer, a través del recuerdo y testimonio de la autora, y a niños de hoy, tan cerca de la sensibilidad y el amor de Manolita Espinosa. Como breve muestra de títulos se podrían citar: "Ronda de los niños de La Mancha de Don Quijote", "El tren ya se ha ido", "El semáforo paliducho", "Las cuatro razas humanas", "A los niños del Unicef", "Navidad en La Mancha", "A la chimenea", "Oración

al Maestro". Siempre con la duda de haber omitido otros títulos aún más representativos.

Pascual A. Beño, en su comentario de este libro, el 8 de julio de aquel año (en LANZA) dice: Manolita Espinosa, ha sabido cantar para los niños con la elegancia poética y la espontaneidad tradicional de un Lorca; con la grandeza humana y, al mismo tiempo, metafísica de una Gabriela Mistral; con la fantasía, la picardía y la complicidad infantil de una Gloria Fuertes.

Con fecha 30 de agosto de 1979, escribía José López Martínez, escritor: - "Sin duda, "La voz del país amado" -difícilmente podría elegirse un título más bello- es uno de los libros de poesía infantil más interesantes de cuantos se han publicado en España con motivo del Año Internacional del Niño. Un libro que nos trae -especialmente al mundo de la infancia- la voz del campo, la voz de la vida que se renueva cada día, la voz de los espacios siderales, del cosmos infinito. Y la voz de los propios niños, a los que la autora invita continuamente al diálogo".

La revista EGB, de enero de 1980, en su reseña firmada por el profesor Lorenzo Navarro, dice: "... las notas características de este hermoso y profundo libro que edita la Caja Rural Provincial: El amor, la belleza, la poesía, el alma pura y limpia en la expresión transparente de un lenguaje preciso, preciosista y la aplicación didáctica de la lengua como arte sencillo y sublime: la poesía hecha a medida de los niños. Y añade al referirse al Cuaderno de "Juegos". "Es un juguete poético, el complemento del libro y uno de los mejores y más didácticos intentos, si no el primero, de acercar la poesía a los niños".

La revista "EN MARCHA" dirigida por Aurora Díaz-Plaja, y en su número Diciembre 1979, dice: "... por sus versos corre una savia profunda, que capta la realidad castellana con colores vivos y con manos, ojos y piel de niño".

José Gerardo Manrique de Lara, en 1979 escribía: "... es un haz de incontables fantasías en las que quedan de manifiesto su brillantísima imaginación y su inefable ternura".

También, Carmen Bravo-Villasante, investigadora de la Literatura Infantil Universal, escribe: "... Sus libros "La voz del país amado" y "Viaje al Sol desde el tornasol" son muy bellos, la felicito muy cordialmente. Los tendré en cuenta para mi Historia y Antología".

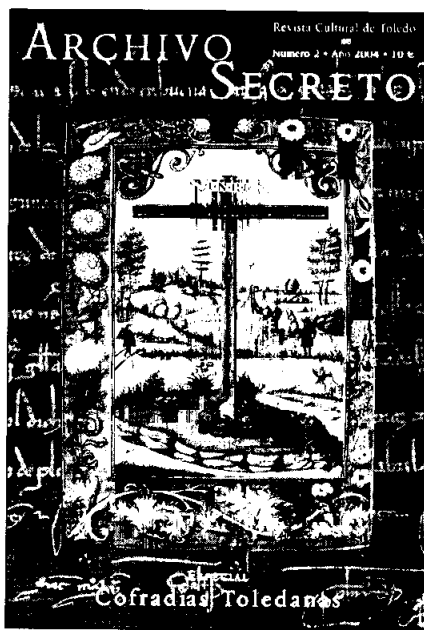
En el año 2001 salió la edición bilingüe (español-inglés), con traducción de Louis Bourne e ilustrado por Jesús Arévalo Lorido, en el Fondo de Publicaciones nº 40 del Ayuntamiento de Ciudad Real. Jaime García Padrino, catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura e investigador de la Literatura Infantil, dijo en el acto de presentación que "La voz del país amado" está lleno de color y bellas metáforas y destacó "el juego que se realiza con el lenguaje y con las sensaciones". A cerca de la autora comentó que "toda su obra es sólida, clara, firme y reconocida internacionalmente".

"La voz del país amado" cumple su XXV Aniversario. Y esta vez aparece con el diálogo universal de dos idiomas que se abren a millones de posibles lectores. Mientras su didáctica camina de un modo feliz. Lástima que la promoción de los libros no sea siempre la que corresponde a su valor literario, etc. Sin embargo, si un niño solamente, o un corro de niños escucha (o lee) "LA VOZ DEL PAÍS AMADO": la voz de la POESÍA, nos podemos sentir felices.

Manolita Espinosa tiene hoy 23 libros publicados, en los géneros de poesía, narrativa y ensayo. De estos, tres son de Literatura Infantil: "La voz del país amado" "Viaje al sol desde el tornasol" (nº 1 de la colección "Calipso" - Diputación Provincial de Ciudad Real) y "Veleta del Sur" (Diputación de Albacete). El curriculum de esta autora es muy extenso porque su dedicación a la Cultura es también su obra de creación. Precisamente se ha dicho de "Su vida y su obra forman un solo camino, una misma luz, una misma voz". Y también que "su creación va más allá de la escritura. Y su mayor ilusión es jugar alrededor de su pensamiento, con todos los que se sienten niños".

María Josefá Delmas Rodríguez
Profesora de Lengua y Literatura

Tesoros en la alacena



Archivo Secreto. Revista Cultural de Toledo. nº1.

Archivo Municipal de Toledo, 2002. 302 p.

Archivo Secreto. Revista Cultural de Toledo. nº2.

Director: Mariano García Ruy Pérez.

Archivo Municipal de Toledo, 2004. 392 p.

Ve la luz la segunda entrega de esta estupenda revista editada por el Archivo Municipal de Toledo, repleta como la anterior, de interesantes trabajos de investigación histórica, detallados vaciados hemerográficos, monografías y dossiers sobre fuentes documentales, amén de una bella y copiosa iconografía. No limitándose al ingente acervo documental que el archivo toledano conserva y difunde, la publicación nutre sus páginas con una variada pléthora de asuntos con el objetivo común de indagar en el patrimonio cultural de la ciudad. Lejos del carácter y la apariencia formal de una mera revista técnica, suscita una curiosidad y un interés general que ahonda en su rigor científico, y da cumplida cuenta de su vocación divulgadora. Uno se pregunta cómo semejante proyecto no había sido llevado a cabo antes, pues nunca faltó el material con que construirlo ni las ganas del público por disfrutarlo, sobre todo, si consideramos la módica inversión que supone su realización, para la gran importancia del resultado obtenido.

Como en aquella primera entrega del año 2002, la revista mantiene su estruc-

tura organizada en secciones dedicadas al Patrimonio Documental, Artístico y Bibliográfico, secciones biográfica e histórica, y un dossier especial, que si entonces se dedicó a la Sociedad Arqueológica de Toledo, nos trae en la presente un conjunto de ocho trabajos sobre ordenanzas, censos y fondos de documentación de cofradías toledanas. Llama la atención la serie de estudios que se dedican en la reciente edición al patrimonio artístico municipal, con bien documentados artículos sobre la colección de platería del Ayuntamiento toledano, el Ciclo de Virtudes que decora el techo de la Sala Capitular baja, los paneles cerámicos de las salas y galerías, y la talla barroca de la Inmaculada Concepción que se venera en su oratorio. Personajes tan entrañables para la ciudad como Victorio Macho, Julián Besteiro, Sixto Ramón Parro, Enrique Vera, Emiliano Castaños y Santiago Camarasa, son estudiados y tratados bajo nuevas perspectivas, dando a conocer el gran alcance y significado de sus respectivas obras. Particular interés posee el trabajo que se presentaba en el primer número de la revista, sobre las actividades que desarrollara en Toledo su Comité de Defensa del Patrimonio durante el verano de 1936, en que la ciudad era campo de batalla, cuando unos pocos hombres sólo llevados por el amor a la Historia y el Arte, trabajaron con riesgo de su vida para poner a salvo los bienes culturales amenazados por el pillaje y la destrucción.

Toma su cabecera de la alacena, llamada "Archivo Secreto", existente en las antiguas dependencias del Archivo, en el torreón sur de las Casas Consistoriales, en cuyo interior se custodiaron desde el siglo XVI y bajo seis cerrojos, los documentos más relevantes para el gobierno de la ciudad. Sin embargo, nada menos secreto que el Archivo Municipal de Toledo en la actualidad, con la mayor parte de sus fondos ya ordenados, catalogados y dispuestos para su consulta, amén de un significativo fondo bibliográfico, iconográfico y de hemeroteca de gran utilidad, a mano de investigadores y curiosos. "Archivo Secreto" es una evidencia más de la excelente gestión que está haciendo de este Archivo, una de las instituciones culturales más activas y relevantes de la capital regional.

José Pedro Muñoz Herrera